

Modernidad, dialéctica y filosofía en el pensamiento de T. W. Adorno

JOSÉ EMILIO ESTEBAN ENGUITA
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

La finalidad del artículo es exponer algunos aspectos de la filosofía dialéctica de Adorno. Esta exposición se centra en dos puntos: 1) La relación sujeto-objeto desde una concepción negativa y materialista de la dialéctica; y 2) La crítica que esta concepción de la dialéctica hace a la modernidad filosófica y, en último término, a la totalidad de la filosofía occidental.

PALABRAS CLAVE

ADORNO-MODERNIDAD-DIALÉCTICA

ABSTRACT

The main aim of this article is to expose some aspects of Adorno's dialectical philosophy. This exposition gets centred on two issues: 1) Subject-object relationship from a negativist a materialistic dialectical position; and 2) The critique made, from this dialectical conception, to philosophical modernity and, finally, to Western philosophy as a whole.

KEYWORDS:

ADORNO-MODERNITY-DIALECTICS

1. MITO, LOGOS E ILUSTRACIÓN

EL ANTAGONISMO ENTRE EL MITO Y EL *LOGOS*, representado en la investigación histórico-filosófica desde la perspectiva unilateral del *logos* como la superación del primero por el segundo y el consiguiente tránsito de la fase primitiva de la humanidad a la edad del advenimiento de la razón y el permanente progreso basado en su «ejercicio», es, bajo todas las formas en las que se ha manifestado en la historia del pensamiento, producto de una conciencia mítica y

falsa. El último capítulo de esta mentira repetida es el llamado «espíritu ilustrado». La Ilustración, bajo la égida de la Razón y del Progreso, pretendió destruir la superchería y el prejuicio mítico, ignorando que la destrucción del mito era la repetición del mismo con otro aspecto, que «*los mitos que caen víctimas de la Ilustración eran ya productos de ésta*»¹. El mito, carta fundacional del mundo, relata la instauración del orden a partir del caos, orden basado en el asesinato del «primer padre», una muerte que reproduce y perfecciona el dominio que éste ejerció sobre la «horda primitiva». El crimen, que pudo haber tenido consecuencias liberadoras, reinstaura, mejorado, el orden represivo ante la posibilidad de la autodestrucción de la comunidad². El origen y la naturaleza del nuevo orden es enmascarado al ser atribuido a la divinidad o las divinidades, que instituyen lo que es y lo que debe ser por siempre. El relato mítico es un *sistema* que explica un mundo cerrado en función de un principio, el origen mítico, determinando lo que son las cosas, su lugar y permanencia, así como la naturaleza humana y las normas que deben regir las relaciones entre los hombres. El saber mítico, como enciclopedia tribal, ya tomó la forma de un saber total revelado por los dioses y asegurado por su poder. El orden mítico, que ya también perpetuaba la identidad represora y culpable en su comprensión del mundo, «espiritualiza», ocultándola, la dominación social al proyectarla a la esfera de lo sagrado constituyente. En el mito, el espíritu, que adopta la forma de una divinidad creadora y legisladora, tiene su última razón de ser en la violencia que funda y reproduce la represión y la dominación.

La Ilustración, movimiento que atenta conscientemente contra el mito, es mítica y, en consecuencia, falsa. El mito era Ilustración y la Ilustración contiene rasgos míticos. El lema de la Ilustración «Razón y Progreso», que ha configurado la modernidad, reproduce, en términos más terribles si cabe, la mentira mítica y, con ella, la coacción y la violencia sobre el individuo. El nuevo orden represivo de la sociedad, basado en la división del trabajo, también se espiritualiza, pero ya no mediante su proyección a la esfera de lo sagrado, sino a través de su ubicación en el *sujeto constituyente*. El mito ilustrado, que reproduce las relaciones de dominación de la sociedad proyectándolas en el sujeto hacedor del mundo y falsificándolas de este modo, es el *mito cientificista*; y el orden que sanciona, el de la *ratio*. El nuevo modelo del saber —y en esto está Adorno de acuerdo con Heidegger— es el *matemático*; y la *mathesis universalis*, el ideal perseguido por la metafísica moderna, el método en el que se cosifica la conciencia y mediante el cual el mundo se convierte en materia prima del

¹ M. Horkheimer y T. W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*, tr. Juan José Sánchez. Madrid: Trotta, 1994, p. 63.

² H. Marcuse, *Eros y civilización*, tr. Juan García Ponce. Barcelona: Ariel, 1984, pp. 72-74.

elaborar del sujeto, en un sustrato informe cuya forma está determinada *a priori* por la estructura categorial de la subjetividad, que elimina todo aquello que no se acomoda a su ordenación, clasificación y cálculo³. La Ilustración anti-mítica reproduce la estructura profunda del mito: una identidad represora que es coacción y dominación social falsamente atribuidas al espíritu (sujeto constituyente), un orden absoluto y totalitario (objetivación de la *ratio*, método) y un sistema cerrado. El mito es engaño, y la Ilustración, en sus componentes míticos, proyecta y desplaza, deformándola, en el falso ideal la estructura totalitaria y represiva de un ser (social) que impone el dolor, el sufrimiento y la alienación al individuo impotente. La mentira del espíritu se desvela en su manifiesta falta de poder ante un mundo en el que el sujeto ha llegado a convertirse en objeto de crematorio, aprovechando sus restos para convertirlos en jabón⁴. El sujeto reducido a su mínima expresión es una prueba demasiado evidente para un espíritu que, aunque no puede reconocer su origen, tampoco puede dejar de presentir el carácter nada espiritual del horror de la violencia destructora que se atribuye a sí mismo como un medio para la producción de una realidad conforme a su medida: «El espíritu presente en lo más íntimo que su estable dominio, más que ser espiritual, tiene su última ratio en la violencia física de que dispone. No puede aceptar su secreto sin perecer»⁵.

II. DIALÉCTICA NEGATIVA Y MODERNIDAD FILOSÓFICA

«La formulación Dialéctica negativa es un atentado contra la tradición»⁶. Adorno, en esta obra, pretende enfrentarse con su reflexión a la tradición filosófica en su conjunto, intentando su negación no desde un punto de vista externo, pues tal cosa supondría caer en sus propias redes, sino siguiendo el consejo de Hegel, desde dentro, aprovechando la propia energía del concepto y su coacción para volverla contra sí misma y rescatar al individuo apresado en la cárcel de la universalidad abstracta⁷. Pero su lucha no es tanto contra la totalidad de la tradición, aunque toda ella, dada la primacía de la identidad y la mala positividad, es «culpable», sino contra la última de sus manifestaciones, que reproduce y sanciona con sus categorías el orden objetivo (ser social) que ha conseguido intensificar la coacción, gracias al poder y la eficacia de la técnica y bajo la forma de la *administración total*, hasta grados difícilmente imaginables en otras épocas: la modernidad filosófica. Razón (*ratio*), método (procedimiento en

³ M. Horkheimer y T. W. Adorno, *op. cit.*, pp. 78-80.

⁴ T.W. Adorno, *Dialéctica negativa*, tr. José María Ripalda. Madrid: Taurus, 1984, p. 367.

⁵ *Ibid.*, p. 179.

⁶ *Ibid.*, p. 7.

⁷ *Ibid.*, p. 160.

que se objetiva la *ratio*) y sistema son los conceptos principales que dan forma a esta filosofía, y todos, a su vez, forman parte y despliegan el sustrato que sostiene esta posición filosófica: el *ego cogito*, el «yo pienso que acompaña a todas mis representaciones»; en otras palabras, el principio del yo, el sujeto como fundamento constituyente: «La *ratio* fue desde siempre el principio del yo que constituía el sistema, el método puro previo a todo contenido. Nada externo la limita, ni siquiera el llamado orden espiritual»⁸. Por ello, ante la hegemonía del yo, producto de la falsa conciencia, el propósito de Adorno con esta obra es «quebrar con la fuerza del sujeto el engaño de una subjetividad constituyente»⁹.

La forma característica, a partir de Descartes, en que se presenta la reflexión filosófica, es como *teoría del conocimiento*. Una perspectiva histórica superficial interpreta este hecho como la sustitución de una parte de la filosofía por otra, por una nueva disciplina que, a diferencia de épocas anteriores, fundamenta la filosofía: la duda radical sobre nuestro conocimiento y la pregunta por sus límites y condiciones reemplaza a la ontología clásica y medieval. Heidegger denuncia explícitamente esta falsedad¹⁰, y Adorno también lo sugiere: las configuraciones que han adoptado las *posiciones metafísicas fundamentales*¹¹, así como el pensamiento de los diferentes filósofos en la historia, adquieren su sentido no por el cambio jerárquico de los saberes, sino por el *movimiento del ser*, que es lo que constituye el campo de posibilidad de lo que puede ser dicho y pensado. Aunque, evidentemente, el ser en Adorno y Heidegger expresan realidades muy diferentes, ambos coinciden en interpretar la filosofía moderna no como *teoría del conocimiento*, sino como manifestación histórica de la *prima philosophia*¹². Buscando lo que subyace al pensamiento y a su movimiento histórico, podemos llegar a comprender las transformaciones en el saber, la continuidad de ciertos problemas y las formas diferentes en que estos problemas aparecen. A pesar de la hostilidad que contra el pasado tienen los fundadores de la filosofía moderna (Bacon y Descartes), abiertamente mostrado en su vana pretensión de comenzar desde cero y en su idolatría del presente, expulsando por decreto la historicidad intrínseca del pensamiento y de su contenido, e ignorando, en consecuencia, lo precedido de los

⁸ *Ibid.*, p. 34.

⁹ *Ibid.*, p. 8.

¹⁰ M. Heidegger, *La pregunta por la cosa*. Buenos Aires: Alfa-Argentina, 1975, p. 91.

¹¹ Sobre el concepto «posición metafísica fundamental», cf. M. Heidegger, «La época de la imagen del mundo», en *Caminos de bosque*, tr. Helena Cortés y Arturo Leyte. Madrid: Alianza Editorial, 1995, p. 84.

¹² T.W. Adorno, *Sobre la metacrítica de la teoría del conocimiento*, tr. León Mames. Caracas: Monte Ávila Editores, 1986, p. 34.

productos del pensar y la tradición de la que participan¹³, sólo conociendo nuestra historia es posible conocer su «verdad», y sólo así es posible superar «el sufrimiento que nos causa la herencia de nuestros muertos»: «La historia es el juicio universal. Saberla es comprender que el juicio sobre la verdad contenido en la historia es la superación que ésta realizó de posiciones anteriores»¹⁴. Precisamente, la carencia de «sentido histórico», el «odio a la noción misma de devenir»¹⁵ de la idiosincrasia que ha imperado en la mayor parte de los filósofos, es un componente básico de la mitología en que se ha visto enredada la *prima philosophia*. La esfera compacta parmenídea, el sistema que todo lo explica y demás absolutos que produce el pensamiento, adalides de la falsa identidad al proyectar como eternas en el «espíritu» bajo cualquiera de sus rostros (ser, dios, sujeto, etc.), justificándolas de este modo, unas determinadas condiciones socio-históricas de dominación, quedan desenmascarados, gracias a la reflexión sobre el proceso histórico y la destrucción que ésta ocasiona sobre tales productos eternos, como ideologías que contribuyen a perpetuar la realidad «culpable». De igual manera, la dialéctica positividad (identidad)/negatividad (no identidad), que ha atravesado todo el pensamiento filosófico y que siempre se ha inclinado a favor del primer término de la oposición (paralelamente, y no por casualidad, toda revolución ha cristalizado en una nueva forma de sometimiento), permite, repensando históricamente la historia del pensamiento filosófico y la realidad social de la que ha brotado, encontrar aquello que ha *retornado* y constituye el *leit-motiv* de la historia hasta el presente: la filosofía primera como «lógica de la dominación»¹⁶ y como apología ocultadora y reproductora de una historia de dominación real de la totalidad social sobre el individuo. En este sentido, *Dialéctica negativa* representa un intento de comenzar a invertir este proceso tomando conciencia del mito del espíritu y la positividad que conlleva (el *sí* a lo dado), de luchar contra el retorno de lo mismo y el círculo que todo lo incluye, teniendo como instrumento la negación (determinada) exenta de toda positividad¹⁷, una negación que rechaza con repulsión la falsedad de la totalidad sistemática y el totalitarismo *real* que representa y consolida, y que pretende una nueva apertura del ser (social) que no reproduzca la injusticia y que permita la liberación de lo diferente *en* su seno. La dialéctica adorniana, negativa y materialista, significa la negación de la omnipotencia del concepto desde el concepto mismo y, por

¹³ T.W. Adorno, *Dialéctica negativa*, p. 59.

¹⁴ *Ibid.*, p. 147.

¹⁵ F. Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*, tr. Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza, 1982, p. 45.

¹⁶ H. Marcuse, *op. cit.*, pp. 106-123.

¹⁷ T.W. Adorno, *Dialéctica negativa*, p. 169.

consiguiente, de aquello de lo que el concepto es concepto y que éste reproduce, de la *falsa situación* de una realidad antagónica en la que el dolor físico y el sufrimiento niega cualquier síntesis conciliadora del espíritu y la descubre como positividad ideológica: «*Dialéctica es ontología de la falsa situación; una situación justa no necesitaría de ella y tendría tan poco de sistema como de contradicción*»¹⁸.

Estas consideraciones nos permiten comprender mejor, por un lado, la interpretación de Adorno de la filosofía moderna: ésta es esencialmente un saber de la subjetividad que instaura al sujeto como fundamento de lo ente, como *ser del ente*, utilizando terminología heideggeriana; por otro, su crítica y la de toda la tradición sobre la que reposa: la dialéctica negativa y, particularmente, la dialéctica sujeto-objeto, que en Adorno se construye como una metacrítica de la gnoseología moderna y de sus presupuestos metalógicos. Al mismo tiempo, la historia de la dominación y su apología servicial por parte del espíritu, historia real de los hombres hasta el presente, proporciona una justificación del acercamiento a la filosofía moderna desde uno de los temas medulares de la tradición filosófica: el *argumento ontológico*. Contemplar la tradición filosófica, la historia de la *prima philosophia*, desde esta perspectiva nos permite captar la falsa solución que, en todas sus variantes, ha proporcionado la metafísica: la supremacía del concepto y del pensamiento sobre aquello que no es ni lo uno ni lo otro, es decir, la identidad coactiva de lo no idéntico, reproducción inconsciente de la *compulsión* real de lo diverso por la mala positividad (universal abstracto, totalidad social). La idea de que todas las filosofías han girado de una u otra forma en torno al argumento ontológico está explícitamente afirmada en *Dialéctica negativa*, en el lugar en que Adorno dialoga con aquél que lo refuta (Kant): «*Su filosofía, como todas por lo demás, se mueve alrededor del argumento ontológico*»¹⁹. El argumento ontológico no significa aquí la demostración por puros conceptos de la existencia de Dios, sino la respuesta dominante de la metafísica a una pregunta que sigue teniendo vigencia: ¿cómo se puede pensar aquello que no es pensamiento?, ¿cuál es la relación entre el pensamiento y aquello que no es semejante al pensamiento y que constituye su contenido? El problema es viejo: es el de lo uno y lo múltiple, de la unidad que el concepto confiere a su contenido y la diversidad de éste. Las respuestas, dejando en un segundo lugar las diferencias, coinciden en un punto: la identidad de lo no idéntico. Si se puede pensar lo que no es pensamiento es porque la realidad, concíbese ésta como se conciba, *es* pensamiento, porque *sólo* es real aquello que es reducido a la unidad del concepto, que es lo

¹⁸ *Ibid.*, p. 19.

¹⁹ *Ibid.*, p. 385.

que puede ser pensado y dicho. La tradición filosófica ha proyectando esta identidad en lo que no es idéntico, convirtiendo esta proyección en lo *real*, bien sea entendido como objeto, como fenómeno, como cosa en sí o incluso como pura diferencia, eliminando por decreto, y siempre desde el concepto, aquello que no se acomoda o corresponde al poder de la Lógica. El velo que el pensamiento extiende sobre lo pensado y que, en su falsa prepotencia, atribuye a éste (la irreductible pluralidad de individuos sometidos a la acción violenta del concepto y transformados por ella), es producto de la naturaleza deficitaria del pensamiento (ocultada siempre en la falta de reflexión), porque *pensar es identificar*: «Sin embargo, ya la pura forma del pensamiento está intrínsecamente marcada con la apariencia de la identidad. Pensar quiere decir identificar. El orden conceptual se interpone satisfecho ante lo que el pensamiento trata de comprender. Apariencia y verdad del pensamiento son inseparables»²⁰.

A partir de Descartes, pero sobre todo desde la depuración kantiana del elemento dogmático contenido en el pensamiento moderno, la filosofía moderna resucita el argumento ontológico bajo la forma de la prioridad y el carácter fundamentante del sujeto en su actividad (mediación). El sujeto pasa a ser lo que determina el ente en la *producción de su unidad*, y el objeto lo enfrentado por y en el sujeto, adquiriendo su entidad (objetividad) en su relación *a priori* con el sujeto. Aunque se admite la separación entre sujeto y objeto, la diferencia se contempla desde la identidad generada por la primacía del sujeto (espíritu). El objeto es el sustrato abstracto que se enfrenta al sujeto para que éste, mediante su manipulación lógico-formal, se lo entregue a sí mismo como *asimilado*. Todo lo que escapa a las funciones lógicas que se objetivan en la reflexión es depurado como no objetivo, produciéndose así la identidad de lo que no es idéntico²¹. Sólo se admite la diferencia para justificar la posterior dominación del sujeto. En el proceso de reflexión, el sujeto se encierra sobre sí mismo y así determina la materia informe a la que se enfrena. El espíritu, plegado sobre sí, construye una diferencia artificial para poder justificar su dominación en una identidad que también es artificial (falsa). Kant, por ejemplo, da por supuesto que aquello que sintetiza el sujeto transcendental no es refractario y diferente a tal procedimiento de síntesis²². En realidad, no lo da por supuesto, al considerar lo dado como un *caos de sensaciones* sobre el que el sujeto erige un mundo ordenado lógicamente. Pero eso que se da, informe y caótico, es tan abstracto y creación del sujeto como el mundo que pretendidamente construye²³. El objeto es tan vacío como el «yo pienso», quintaesen-

²⁰ *Ibid.*, p. 13.

²¹ T.W. Adorno, *Sobre la metacrítica de la teoría del conocimiento*, p. 17.

²² T.W. Adorno, *Dialéctica negativa*, p. 142.

²³ T.W. Adorno, *Sobre la metacrítica de la teoría del conocimiento*, p. 31.

cia del sujeto: ambos se equiparan entre sí y de esta forma se consigue la falsa identidad. Hegel, que acusa a Kant de arbitrariedad y subjetivismo y que no admite la escisión forma-contenido, a pesar de su esfuerzo por pensar lo concreto, aquello que el mecanismo de abstracción elimina y que no es de antemano un caso del concepto, recae también en la falsa identidad, esta vez atribuida al Espíritu absoluto (identidad de la identidad y la diferencia), subjetividad absoluta en donde se produce la síntesis entre sujeto y objeto, final feliz del movimiento dialéctico²⁴. Hegel no sale del Espíritu, que está en el principio y se reencuentra al final. La dialéctica ascendente de la *Fenomenología*, proceso a cuyo término se manifiesta la totalidad (saber absoluto), es previamente construida en la *Lógica*, dialéctica descendente que da sentido y justifica la necesidad de las fases del proceso dialéctico y del proceso mismo. El objeto no puede por menos que perecer ante la voracidad del Espíritu²⁵. Lo otro, lo diferente, lo individual, sigue siendo el caso del concepto: todo aquello que no se acomode a las leyes formales del movimiento dialéctico es violentado hasta hacerlo corresponder con tales leyes.

La autarquía del sujeto (espíritu), su omnipotencia, el ideal de la dominación de lo otro para su satisfacción, la representación de un mundo racional, hecho a imagen y semejanza del espíritu, producto de la razón *realizada*, es el mito de la modernidad, el argumento ontológico redivivo, la falsa identidad que somete y que se presenta con la máscara de la libertad. La historia nos enseña la falsedad de la hegemonía del sujeto, su papel ideológico y su función reproductora de la dominación que padece el sujeto real; nos muestra la mentira que supone su ocultación del dolor y el sufrimiento mediante las falsas reconciliaciones producidas por el espíritu, la mimesis de aquello que niega²⁶. Contra ello, Adorno nos ofrece su *Dialéctica negativa*, su negación del mito del espíritu y una dialéctica sujeto-objeto en la que la prioridad la tiene el objeto, una dialéctica que busca la liberación de lo no idéntico por medio de la identidad.

III. LA DIALÉCTICA SUJETO-OBJETO EN ADORNO

«La transición a la prioridad del objeto convierte la dialéctica en dialéctica materialista»²⁷. La tiranía del espíritu, sublimación de otra tiranía mucho más desagradable, es un fraude al cuerpo sometido y dolorido, es la feliz identidad conciliadora que enmascara el sufrimiento: «La más mínima huella del sufri-

²⁴ T.W. Adorno, *Dialéctica negativa*, p. 177.

²⁵ *Ibid.*, p. 18.

²⁶ *Ibid.*, p. 15.

²⁷ *Ibid.*, p. 193.

miento absurdo en el mundo en que vivimos desmiente toda la filosofía de la identidad. Lo que ésta intenta es disuadir a la experiencia de que existe el dolor»²⁸. La vuelta al objeto, la inversión de la reducción subjetiva (mito del sujeto), es necesaria para Adorno por dos razones.

En primer lugar, porque sólo de esta forma podremos conocer y no falsificar la naturaleza objetiva del sujeto y, sobre todo, la situación de predominio hasta el presente del objeto (ser social) sobre el sujeto. El engaño de la filosofía de la subjetividad ha sido el sistema perfecto, la absoluta posesión del objeto, la totalidad establecida en su actividad. El espíritu, en cambio, nunca ha sido el creador de esa totalidad ni la ha poseído, sino que ha formado parte de ella y por ella ha sido condicionado. En este sentido hay que entender la primacía del ser social sobre la conciencia²⁹. El predominio de lo objetivo heterónimo sobre el sujeto real, que tiene como consecuencia el impedimento de que el sujeto llegue a ser tal y de que conozca lo objetivo³⁰, implica el condicionamiento histórico-social de las pretendidas categorías puras de la filosofía, siempre contaminadas por el ser social y su movimiento. El error del idealismo y de toda *prima philosophia* ha sido y es proyectar en una instancia transcendente, adulterándolo y sancionándolo como eterno, el orden real e histórico de la totalidad social³¹. Este es el punto en el que la subjetivista teoría del conocimiento, mediante su metacrítica, se convierte en teoría crítica de la sociedad. La dialéctica negativa y la dialéctica sujeto-objeto han de ser, para evitar el fraude espiritual, *inmanentes*³² en su totalidad, no admitiendo más transcendencia que la «posibilidad histórica», aunque, de este modo, tenga como fin su negación en la redención de la realidad antagónica y sufriente. Nunca se debe perder de vista el fondo materialista de la dialéctica adorniana: el objeto prevalece sobre el pensamiento en la comprensión de lo real, siendo, en consecuencia, dialéctica la estructura del pensar porque la realidad social es contradictoria: «Todo dolor y toda negatividad, motor del pensamiento dialéctico, son la figura de lo físico a través de unas mediaciones que pueden llegar hasta hacerla irreconocible»³³.

En segundo lugar, la vuelta al objeto, que no supone un regreso a lo inmediato que se ha perdido irremediablemente, sino que sólo es posible por medio del sujeto y, por lo tanto, a través del concepto mismo, permite, en virtud de la

²⁸ *Ibid.*, pp. 203-204.

²⁹ *Ibid.*, p. 201.

³⁰ *Ibid.*, p. 173.

³¹ Por ejemplo, en el caso de Hegel, cf. T.W. Adorno, *Sobre la metacrítica de la teoría del conocimiento*, *op. cit.*, p. 12.

³² T.W. Adorno, *Dialéctica negativa*, p. 198.

³³ *Ibid.*, p. 203.

reflexión, la liberación de lo no conceptual sobre lo que se forma el concepto, la liberación de lo no idéntico apresado y dominado por la transformación que de ello lleva a cabo la lógica identificante y totalitaria³⁴. Este «abismarse» en el objeto posibilitaría la aprehensión de la falsa de totalidad que oprime y ahoga al sujeto empírico, así como su reproducción en el pensamiento identificante: la coacción del espíritu es el complemento de la coacción real, del objeto (universal social) sobre un individuo que sólo puede existir como cosa (mercancía).

La dialéctica materialista de Adorno invierte la relación dialéctica entre el sujeto y el objeto, negando la primacía del espíritu (sujeto). La escisión entre el sujeto y el objeto es algo ocurrido históricamente, que ha tenido un origen y puede tener un final. La filosofía de la subjetividad contiene un momento de verdad cuando reconoce esta diferencia, pero siempre se convierte en falsa cuando afirma la identidad en el sujeto: en realidad, la diferencia entre sujeto y objeto en el pensamiento subjetivista presupone en todo momento su identidad, pues la separación de ambos es producida por el propio sujeto *para* poder reducir a unidad aquello que abstractamente ha separado: «*La conciencia se gloria en unir lo que ella mismo dividió arbitrariamente en elementos; de ahí los armónicos ideológicos que connota siempre hablar de síntesis*»³⁵. La mediación entre ambos es aparente: siempre encubre la identidad originaria que implica el primado del sujeto sobre el objeto.

La primacía del objeto pretende romper la identidad, sólo a través de la identidad misma, del imperialismo subjetivista desvelando el mito del sujeto constituyente, desenmascaramiento que se lleva a cabo en el reconocimiento de una mediación que no se contamine de una identidad no realizada e imposible de realizar: el sujeto puro también es objeto, y el objeto, para ser tal, está mediado subjetivamente³⁶. Ahora bien, la relación entre ambos elementos no es simétrica, asimetría que impide la identidad y salva el momento irreductible de lo otro: si bien es cierto que el objeto no puede ser pensado sin el sujeto y su actividad, el sujeto, antes que todo, es *naturaleza*, objeto, mientras que el objeto no presupone en absoluto al sujeto, no necesita al sujeto para ser, no es creado por él³⁷.

Precisamente, el carácter objetivo del sujeto (el hecho fundamental de que es un *cuerpo*) y su relación objetiva con el objeto constituyen la base que permite la interacción entre ambos, la comunicación que impide una alteridad absoluta entre ellos, situación que haría imposible cualquier tipo de conocimiento. La afinidad existente entre sujeto y objeto es *material*, y no la relación

34 *Ibid.*, p. 20.

35 *Ibid.*, p. 178.

36 *Ibid.*, p. 177.

37 *Ibid.*, p. 185.

basada en la identidad que produce el espíritu. La gnoseología de Adorno es materialista, pero su materialismo es dialéctico: sólo a través de la reflexión del sujeto y no de la inmediatez del objeto se hace presente el predominio y la diferencia del objeto, aquello que no puede ser devorado por el espíritu³⁸. La utopía del conocimiento consistiría en decir lo que no se puede decir, en «penetrar con conceptos aquello que no es conceptual sin acomodar esto a aquéllos»³⁹, en la desaparición del sujeto, por medio del propio sujeto, en la experiencia de la cosa misma: la verdad sería el estado resultante de esta disolución. Y esta verdad supondría el fin de la dialéctica misma, la reconciliación de lo no idéntico liberado de su coacción espiritual (no una nueva identidad represiva), el reconocimiento de la pluralidad de lo distinto sobre la que la dialéctica no tendría ningún poder, la supresión, en definitiva, de la realidad antagónica y contradictoria⁴⁰.

Tal pretensión es el ideal regulativo del pensamiento de Adorno, el impulso utópico que mueve un pensamiento que pretende la liberación de lo no idéntico que ha sido nivelado y asimilado por una totalidad represiva y falsa. Pero no se trata tanto de profetizar reconciliaciones como de ejercer la negación determinada en una actividad que descubra lo que no es idéntico bajo los velos de una totalidad abstracta que todo lo absorbe con el principio de equivalencia. La filosofía del sujeto, el mito del sujeto constituyente, ideología encubridora de la contradicción real que convierte la adhesión a la mala positividad en lo así querido y libremente realizado, es descubierta por un pensamiento que, negando la «realidad» dada, se entrega al objeto para aprehender sus contradicciones. Esta entrega, que no es la redención pasiva del realismo ingenuo ni tampoco la asimilación de lo otro por un esquema preestablecido, representaría la revolución de la revolución copernicana en la teoría del conocimiento, la rectificación de la voracidad subjetivista⁴¹.

Una reflexión que toma esta dirección capta el momento verdadero y el falso de la preeminencia del espíritu: aquello que es falsamente atribuido al sujeto constituyente es *real*, pero no es espíritu, sino la estructura de la totalidad social (universal abstracto) que se impone al sujeto empírico impidiéndole ser sujeto y reduciéndole a objeto: «La filosofía transfigura y atribuye sólo al sujeto cognoscente un proceso de abstracción que tiene lugar en la sociedad de canje realmente existente»⁴². Aquello que se piensa a sí mismo como domi-

³⁸ *Ibid.*, p. 186.

³⁹ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 15.

⁴¹ T.W. Adorno, «Sobre sujeto y objeto», en *Consignas*, tr. Ramón Bilbao. Buenos Aires: Amorrortu, 1973, p. 148.

⁴² T.W. Adorno, *Dialéctica negativa*, p. 181

nador imita, en realidad, lo que niega: el poder absoluto de la sociedad sobre un sujeto real, inerme e impotente ante ella. La gran ironía de la filosofía del espíritu creador fue ignorar que cuanto más grande y poderoso se creía menos lo era, puesto que el orden que imaginaba imponer a lo otro mediante su pura y libre actividad era el orden existente de un otro ajeno a él que le hacía cada vez más una cosa y cada vez menos un sujeto libre y espontáneo: «*La convertibilidad que posee la tesis de la identidad opera contra su principio del Espíritu. Una vez que el ente es totalmente deducible a partir del Espíritu, este se convierte en semejante al nuevo ente que cree oponerse. Tal es su perdición, y si no tampoco coincidirían espíritu y ente*»⁴³.

IV. LA CRÍTICA A LA IDEOLOGÍA DEL SUJETO

En 1794 el rey de Prusia Federico Guillermo II, a través de su ministro pietista Wölner, censura la obra de Kant *La religión dentro de los límites de la pura razón* y le prohíbe toda enseñanza o manifestación pública sobre religión. Kant, a pesar de estar firmemente convencido de sus tesis, se somete a la prohibición, porque la *obediencia a la autoridad* es el primer deber del ciudadano: «*Pues sólo aquél que, esclarecido, no teme a las sombras, pero dispone de un numeroso y disciplinado ejército para garantizar la tranquilidad pública, puede decir lo que no osaría un Estado libre: ¡razonad todo lo que queráis y sobre lo que queráis, pero obedeced*»⁴⁴. Hegel, posteriormente, consideraba el Estado monárquico de Prusia como un régimen racional y libre, síntesis suprema de los antagonismo y las contradicciones sociales. El proceso histórico que, a pesar de Hegel, no se detuvo en su época, desenmascara la falsedad encubierta por el tupido velo del andamiaje lógico-formal de las arquitectónicas sistemáticas de ambos: el progreso moral constatado por el optimismo ilustrado o la Idea ya realizada y encarnada en el mundo no ha afectado a un devenir real que continúa siendo culpable. La idea y el ideal no realizado y sostenido reproduce la represión. Y el ideal omnipresente en la filosofía moderna y en el nacimiento y consolidación de la sociedad burguesa que forma su sustrato es, como hemos visto, el del sujeto constituyente, fundamento de la falsa identidad, del sistema y de la *ratio* calculadora y técnica.

La autarquía del sujeto constituyente es la ideología del espíritu libre en un mundo en el que la organización y planificación imperante, que en el siglo XX precisa la movilización total del individuo para asegurar el buen funciona-

⁴³ *Ibid.*, p. 146.

⁴⁴ I. Kant, «¿Qué es la Ilustración?», en *Filosofía de la historia*, tr. Eugenio Imaz. Madrid: Fondo de Cultura Económica, pp. 36-37.

miento de la maquinaria social, abre la posibilidad histórica de una heteronomía cuasi absoluta en la que no quedará espacio alguno para una subjetividad libre. La separación entre el sujeto y el objeto es verdadera en cuanto que ha acontecido en la historia, pero falsa en el momento en que se esencializa y se troca en relación intemporal⁴⁵. La mitificación del sujeto, operación de la falsa conciencia, erigió desde el principio la dualidad ontológica entre el espíritu y la materia (Descartes), dualidad que toma la forma del objeto determinado por la manipulación sojuzgadora de la subjetividad fundante. El objeto es devorado por la falsa identidad: el rasgo distintivo del idealismo es la *furia*, y el sistema lógico-categorial, máquina trituradora que todo lo ordena y asegura para la más eficiente explotación, es «*el vientre del espíritu*»⁴⁶.

La ideología es desenmascarada por una dialéctica no sublimada en el espíritu: el sujeto, en la medida que *es*, también es objeto. El objeto está mediado por el sujeto, pero el sujeto, en cuanto *ser objetivo*, también está mediado, y de una forma más determinante, por el objeto. El sujeto es en primer lugar y fundamentalmente sujeto empírico, naturaleza humana, que puede poner (producir) objetos sólo en tanto en cuanto es puesto (producido) por ellos⁴⁷. El idealismo filosófico invierte y falsifica la verdadera relación entre los términos, pues lo condicionante (el sujeto) es en realidad lo condicionado, y lo condicionado (el ser social), lo condicionante.

En el epiléptico dialéctico titulado «Sobre sujeto y objeto»⁴⁸, Adorno analiza la ilusión consoladora que produce la divinización del sujeto, así como su utilidad funcional para encubrir y reproducir un sistema social que únicamente permite la existencia del sujeto como *mercancía*. A medida que el orden burgués se expandía y la racionalidad técnica desplegaba un régimen más efectivo, el sujeto de los filósofos se presentaba como más poderoso, autónomo, creador y libre. Cuanto más se cosificaba la conciencia, cuanto más ajeno al individuo era el poder social que lo iba reduciendo a una pieza del sistema productivo sobre el que ya no tenía ningún control, más se afianzaba en la literatura filosófica la representación de un espíritu libre que constituye o produce la realidad conforme a la *ratio* y a su imagen y semejanza⁴⁹. El dolor y el sufrimiento del individuo oprimido por la tiranía de lo universal (totalidad social) es mitigado por la ilusión de la libertad del sujeto, que transforma lo otro que le encadena en lo querido por la voluntad libre. El orden racional que hará posible la emancipación del ser humano y la realización de todas sus potencia-

45 T.W. Adorno, «Sobre sujeto y objeto», p. 144.

46 T.W. Adorno, *Dialéctica negativa*, pp. 30-31.

47 K. Marx, *Manuscritos económico-filosóficos*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 194.

48 T.W. Adorno, *Consignas, op. cit.*, pp. 143-158.

49 *Ibid.*, p. 146.

lidades es generado, bajo una forma ideal narcotizante, por una racionalidad que paralelamente reproduce y planifica de un modo cada vez más perfecto un sistema social irracional basado en la dominación: «*La ratio burguesa trató de producir en su interior el orden que había negado en su exterior*»⁵⁰. La barbarie técnica en la que históricamente ha degenerado el movimiento ilustrado es un síntoma significativo de la impotencia de la filosofía idealista ante la progresiva alienación del ser humano real: el sistema filosófico, total, que tenía en su cúspide al todopoderoso sujeto, fue apologética desde su origen.

Aunque la ideología del sujeto es producto de la falsa conciencia, sólo pudo producir una filosofía tan poderosa porque poseyó en sí misma algo verdadero, aunque deformado. La estructura *a priori* de las categorías o las leyes del movimiento dialéctico representan, proyectadas en un sujeto transcendental o un sujeto absoluto, el conjunto de funciones y leyes de una estructura social que somete al sujeto empírico. El sujeto interioriza el cautiverio exterior transformándolo en una estructura transcendental de funciones lógicas que otorga unidad a la pluralidad de los objetos: «*El individuo no está menos cautivo dentro de sí que dentro de la universalidad de la sociedad. De ahí el interés en enmascarar su prisión como libertad. La cautividad categorial de la conciencia individual reproduce la cautividad real de cada persona*»⁵¹.

La crítica a la ideología del sujeto parece innecesaria en este siglo, después de la caída en desgracia del idealismo filosófico. El idealismo pagó por su propia soberbia, al no considerar el hecho de que el espíritu, desde el principio, está preñado de materia. Las tendencias contemporáneas en filosofía suponen un giro antijetivista, certificando algunas abiertamente la *muerte del sujeto*. Para Adorno sobresalen dos de éstas: el positivismo y una ontología restauradora en la que descuella la obra de Heidegger. Ambas se atienen a lo «*dado*» (ya se entienda esto dado como los hechos o el Ser), expurgando de la razón su momento de autonomía y representando, también de una manera deformada, una situación real de heteronomía y cosificación extrema. Ante esta situación de claudicación y resignación del pensamiento, la crítica dialéctica y materialista a la ideología del sujeto es un instrumento de lucha contra una realidad irracional que debe ser negada, mostrando otro momento verdadero del idealismo filosófico: el *poder crítico* de la razón y su potencial emancipatorio. El sufrimiento del individuo debe ser expuesto con rigor por una filosofía crítica que asuma el poder *real* del sujeto, su rebeldía y la esperanza de su emancipación como única justificación posible.

⁵⁰ T.W. Adorno, *Dialéctica negativa*, p. 29.

⁵¹ T. W. Adorno, «Sobre sujeto y objeto», p. 151.

José Emilio Esteban Enguita es profesor asociado de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid. Actualmente trabaja sobre la relación entre la filosofía y la política en filósofos contemporáneos, especialmente alemanes.

Dirección Postal: Universidad Autónoma de Madrid, Ciudad Universitaria de Cantoblanco, Departamento de Filosofía, 28049 Madrid.